

La muerte de Juan José Torres

Que no se apague el eco de cuanto se ha dicho en estos días sobre el asesinato de Juan José Torres.

No sólo para agregar otros homenajes a su memoria. Se los hemos rendido ya, aun sin expresarlo, calladamente, en su condición de patriota boliviano y de luchador latinoamericano. Ha estado el gesto magnífico de México. Y, lo que tiene el valor supremo, se los ofrece su pueblo, los mineros, los campesinos, los estudiantes de Bolivia: desafiando a la tiranía, paralizan labores y enmudecen las aulas universitarias.

Hay también otros planos sobre los que queda y quedará por largo tiempo mucho que decir.

¿Por qué muere Torres? ¿Por qué en un suelo latinoamericano que sin embargo no es el suyo? ¿A quiénes marca la responsabilidad del asesinato, más allá de las manos todavía anónimas de los que secuestran y disparan?

Reconozcamos en su muerte, como en la de otros, en primer lugar, el carácter verdadero del fascismo que se extiende por América Latina y la inseguridad permanente de las dictaduras que lo representan. En función de ese carácter y de esa inseguridad, no puede vivir quien con sus actos de ayer y con una voluntad redoblada de seguir luchando, simboliza la aspiración irreductible de la liberación de la patria, del destino final de su pueblo. No se trata sólo de cobrar revancha, en nombre de los intereses del imperio, contra quien como gobernante defendió ayer los intereses de los trabajadores mineros, nacionalizó la mina Matilde (considerada la reserva mundial más importante de zinc, de propiedad de las empresas norteamericanas Phillips Brothers y U.S. Steel Corporation), expulsó del país a agentes de la CIA, garantizó la libertad de las universidades, y abrió un camino de dignidad e independencia para su pueblo. De lo que se trata es de que quien hizo todo eso, con su sola vida y aun desde el exilio, representa una acusación siempre presente a la dictadura fascista de ahora, y cuya sola vida es percibida como un riesgo por esa dictadura y los intereses a que obedece.

Por eso muere Torres. Porque el fascismo cree forjar su seguridad y su permanencia en el aniquilamiento, dentro o fuera de las fronteras nacionales, de toda expresión que se oponga a sus designios.

Su muerte, así entendida, es la misma del chileno Carlos Pratts, o la de los dirigentes uruguayos Michellini y Gutiérrez.

Y con mayor razón siendo un general de ejército. Porque para oficiales como Torres y como Pratts, fieles a una concepción de las fuerzas armadas que las constituye en símbolos de la nacionalidad, encargadas de la responsabilidad superior de la defensa nacional, no puede resultar tolerable la conversión de los ejércitos en partido único de la burguesía, en sustitución de los partidos prohibidos o en receso. Todavía más, de una burguesía que se dispone a articularse por completo, desde una posición de total entrega y subordinación, a los intereses del imperialismo. Como exponentes de aquella concepción, representaban un llamado permanente a la fidelidad a la patria, que no podía ser desoido por sus compañeros de armas.

Que muera asesinado, como lo fueron Pratts, Michellini y Gutiérrez, en tierra argentina, tiene también un significado. Es expresión de la solidaridad de los fascismos locales, organizada y conducida por los instrumentos del imperio. Los mismos que preconizan ahora la constitución de un "ejército continental", para que todos defiendan los intereses del imperialismo norteamericano en desmedro y al precio de los propios, los mismos que desarticulan y esterilizan los pocos instrumentos económicos constituidos para una representación más legítima y una defensa de los intereses verdaderos de América Latina, son los que integran los aparatos represivos, intercambian torturadores, amparan en su territorio la actividad amenazadora de los agentes policiales de sus "aliados".

Por eso también, las responsabilidades están claras, independientemente de la identificación, si alguna vez se la hace,

de los asesinos directos. No hay excusa posible de gobiernos como los entronizados en los países del sur del continente por los actos de asesinato y represión cometidos por instrumentos del terror reaccionario. En ellos, la responsabilidad no se sitúa en un gobierno o un "Estado" abstracto, sino en una clase social y en unos intereses del imperialismo a los que sirve. Porque es esa clase social —la burguesía y particularmente su capa monopolística— y son esos intereses imperiales los que allí controlan a la vez el aparato formal del Estado y las organizaciones represivas "paraestatales". Por eso, aunque no aparezcan integradas formalmente al aparato estatal, tales organizaciones de hecho forman parte de éste: el poder de decisión están en las mismas manos, y por lo mismo tienen garantizadas la protección y la impunidad.

Se equivocan, sin embargo, el imperialismo y los regímenes fascistas que le sirven, si creen encontrar en ese propósito de aniquilamiento un camino que conduzca a su seguridad y permanencia. Muy por el contrario, vienen con ello a extender y temprar una voluntad de lucha irrenunciable. No son unos cuantos hombres, sino los pueblos mismos, los que tendrían que ser aniquilados. Otros, multiplicados y endurecidos, toman las banderas de los caídos. Cada muerte así ocurrida de un luchador latinoamericano aproxima y no distancia la derrota definitiva del fascismo. Por eso, Juan José Torres ha agregado, con su propia muerte, una contribución más a la lucha de nuestros pueblos.